

La insólita historia de la fortuna

## La herencia que incomoda a los Arias

(IMP)

Wilson Lucom le dejó su fortuna a los niños pobres de Panamá. ¿Quién era?

viernes, 30 de noviembre de 2007

Guido Bilbao  
gbilbao@estrelladepanama.com

El mismo dinero que Wilson Lucom decidió en vida dejarle a los niños pobres de Panamá fue producto de una herencia también discutida hace casi 30 años.

Esta investigación intenta revelar las razones de un testamento que se pelea a sangre y fuego en 16 causas distribuidas en los tribunales de cuatro países. "Es hora de que este país conozca su voluntad", declaró a la justicia Rubén "Chinchorro" Carles, ex contralor de la República e íntimo amigo del difunto. El misterio rodea el caso. Entrega especial.



Wilson Lucom / Foto cortesía

Crónica de una herencia de 50 millones

## ► La fortuna maldita de Wilson Charles Lucom

(IMP)

Dejó su dinero a los niños necesitados de Panamá. La familia Arias objeta el testamento y pelea los bienes ante la justicia. Vida y obra de un hombre que tomó una decisión de la que habla todo el país. La relación con su familia y la batalla legal. ¿Por qué lo hizo?

viernes, 30 de noviembre de 2007

Guido Bilbao  
gbilbao@estrelladepanama.com

Nunca Wilson Charles Lucom estuvo tan presente y en boca de tanta gente como después de morirse, la lluviosa noche del 2 de junio del 2006. Dejó tras de sí un patrimonio que podría preparar a los 50 millones de dólares y un testamento en el que pretende hacer fluir su dinero hacia los niños necesitados de Panamá. Su herencia de-sató una feroz batalla legal que se combate en 16 causas repartidas en tribunales de cuatro países. De un lado está la familia Arias, la de su viuda Hilda Pizá, con la que estuvo casado más de 20 años. Objetan la validez del testamento. Del otro, Richard Sam Lehman, el hombre que Lucom designó antes de morir como albacea de su proyecto y fue su abogado y amigo en Estados Unidos.

Pero sobre todo,  
el misterio

¿Quién era Wilson C. Lucom?, ¿por qué hizo lo que hizo?

Algo es seguro: a Lucom no le gustaba tratar con niños. Lo dicen su viuda, sus empleados y hasta sus amigos. El mismo recordaba su infancia como la de alguien que se atraganta al comer yuca seca. Creció en los días de la gran depresión, en Pennsylvania. Su padre trabajaba en una estación de servicio y ganaba un dólar al día. El ayudaba en lo que podía. Vendió periódicos, fue aprendiz en un taller mecánico. Tenía dos hermanos.

Cuando terminó el colegio logró llegar a la Universidad. Pagó parte de sus estudios trabajando él mismo como despachador de gasolina. Estudió Relaciones Internacionales y terminó sus estudios en la Universidad George Washington. Ingresó al Departamento de Estado durante la presidencia de Harry Truman. Vivió desde adentro los días vertiginosos de los lanzamientos atómicos sobre Nagasaki e Hiroshima. Aplaudió la decisión. Se sentía un patriota y nunca dejaría de mirar el mundo desde la perspectiva de esos días, en los que la guerra fría partió el mundo en dos. Se convirtió en un anticomunista militante.

Al finalizar la administración Truman, en 1953, Lucom viajó a Miami. Su chofer, Israel Tejada, recuerda que "siempre contaba que sólo tenía 25 dólares cuando llegó y que con eso ganó 5 mil en la ruleta". Que sus amigos comenzaron a llamarlo "Lucky Lucom", decía. Incluso bautizó con ese nombre a un caballo de carreras, que poseía en sociedad con Carlos Eleta.

Al poco tiempo de su arribo, en una fiesta en Palm Beach, conoció a Virginia Willys, la mujer que cambiaría su vida para siempre. Virginia era la heredera de John Willys, pionero de la industria automotriz y creador de la marca Jeep. En los años 20 su poder trascendía las fronteras. Virginia llegó a ser presentada por su padre ante la corte de la reina de Inglaterra, en una ceremonia celebrada en Londres de la que usualmente participan hijos de duques y nobles europeos. Willys no tenía ningún título. Su nobleza residía en su fortuna. Las crónicas de la época relatan el viaje, que hicieron desde New York, a bordo del famoso transatlántico Majestic.

Cuando Virginia conoció a Lucom en esa fiesta de Palm Beach, ya no era la misma. Habían pasado treinta años. "Se había casado seis veces", dice Edna Ramos del Bufete Infante, Pérez y Almillano, que representa a la señora Pizá. Además, estaba enferma. Esa noche, incluso, la clínica mental donde estaba internada le había autorizado una salida. Sufrió esquizofrenia. A Lucom le llevaba más de diez años.

Lucky Lucom

Lo que pasó después nadie lo explica con precisión. No se sabe si fue a las pocas horas o a los pocos días pero lo cierto es que se casaron de inmediato.

Cuando los hijos de Willys se enteraron, denunciaron a Lucom por secuestro. Astuto como el demonio, Lucom se llevó a su flamante esposa de Florida y se instaló en New York. Consiguió certificados médicos serios que probaban que Virginia estaba en el uso de sus facultades mentales. Para detener los embates legales de los familiares contrató al bufete de Thomas Dewey, que fue gobernador del Estado de Nueva York y dos veces candidato a presidente en las elecciones internas del Partido Republicano.

Lucom salió bien parado de la situación. Pudo sostener la validez de su matrimonio y volvió a Miami. Esta vez tenía entre sus manos algo más que 25 dólares. Se instaló en Palm Beach, en la residencia de su esposa, y se hizo cargo de la administración de sus bienes.

Pasó los siguientes 27 años entre el cuidado de su mujer, su patrimonio y sus nuevos compromisos políticos, que cada vez comenzaron a tomarle más tiempo. Formó parte de una fundación de derecha llamada el Congreso anticomunista norteamericano. En 1969 fue uno de los fundadores de Accuracy in Media, de la que en el 76 se convertiría en vicepresidente. Esta organización se propuso "controlar el balance y la justicia en las noticias en los Estados Unidos". Se encargaban de señalar el tratamiento "izquierdista" de algunas historias y sigue en actividad.

En 1973 se planteó un objetivo preciso. Participó de las conspiraciones que terminaron derrocando a Salvador Allende en Chile. Siempre lo aceptó. Estuvo en Santiago durante el golpe y fue el editor de un periódico de derecha llamado La Verdad en Chile, que se distribuía en Washington y se pronunciaba por Pinochet.



El hombre de la polémica, Wilson Lucom, durante sus días en Panamá. / Foto cortesía En ese tiempo, Lucom se preparaba para el momento crucial de su vida. Estaba llegando la hora de pelear por la herencia de su esposa. Leía derecho todo el tiempo. Se convirtió en un especialista en sucesiones. Cuando en 1981 Virginia Willys falleció y se abrió el testamento, lo que su familia temía se convirtió en realidad: Lucom era el único heredero de todo

Pero sobre todo, en ese tiempo, Lucom estaba preparándose para el momento crucial de su vida. Estaba llegando la hora de pelear por la herencia de su esposa. Leía derecho todo el tiempo. Se convirtió en un especialista en sucesiones. Cuando en 1981 Virginia Willys falleció y se abrió el testamento, lo que su familia temía se convirtió en realidad: Lucom era el único heredero de todo. De la mansión donde vivían, de los fideicomisos en efectivo que superaban los 9 millones de dólares, de las grandes extensiones de tierra repartidas en Florida que incluían una pequeña finca de tres hectáreas y media pero que iba desde el mar a la Bahía de Palm Beach. Los tres hijos de Willys intentaron pelear la fortuna pero no hubo caso: tuvieron que conformarse con tres millones de dólares cada uno. El abogado que representó a Lucom en la contienda fue Richard Sam Lehman. A partir de aquel triunfo, la amistad entre los dos hombres se volvió inquebrantable. Como si la fortuna cargara un gen maldito, el mismo dinero que hoy se pelea en Panamá, fue producto de una herencia también discutida.

#### Hacia tierras salvajes

Cuando todo hacía suponer que Lucom finalmente se dedicaría a disfrutar de su dinero, otra fiesta en Palm Beach volvió a hacer girar su destino. Entabló una relación con Hilda Pizá. Nacida en Puerto Rico, la señora Pizá había sido esposa de Gilberto Arias, prohombre del civilismo panameño e hijo de Harmodio Arias, ex presidente de la República. Cuando conoció a Lucom, Pizá estaba radicada en Miami a causa de la dictadura militar. Se casaron en 1984 y vivieron tranquilos hasta que luego de la invasión, el regreso se volvió una necesidad. Lucom no parecía muy convencido. Pero estaba harto de pagar tantos impuestos en Estados Unidos: le vendió la mansión de Palm Beach a un príncipe árabe en 15 millones de dólares y partió hacia el Istmo.

A poco de llegar, realizó una operación comercial con los hijos de su esposa que sería central en esta historia. La Finca Santa Mónica, la gran joya de la familia, estaba hipotecada. 2875 hectáreas de planicies que se extienden entre la Carretera Panamericana y el mar, a la altura de Antón, al lado del complejo Playa Blanca. De ser vendidos hoy, esos terrenos podrían generar un negocio cercano a los 40 millones de dólares. Entonces no.

Panamá era un país distinto. El Canal aún no había revertido, la invasión había arrasado el país y el boom económico estaba bien lejos de llegar. Nadie en la familia parecía tentado con ponerse al frente de una finca para hacerla producir. Lucom accedió a solucionar el problema. Pondría el dinero pero se quedaría con la propiedad. Pagó la hipoteca al banco y un dinero en efectivo —habrían sido algo más de dos millones de dólares— que fue repartido entre los cinco hijos de Hilda. Gilberto ya había fallecido.

De afuera parecía una operación perfecta. El nuevo propietario no tenía descendencia. La finca, a pesar de la venta, con el tiempo quedaría en la familia Arias. Sin embargo, ya lo veremos, Wilson C. Lucom tenía otros planes.

El norteamericano se acostumbró rápido a Panamá. Comenzó a viajar todos las semanas a Santa Mónica. Trabó una gran amistad con Chinchorro Carles a quien conoció a través de Hilda. Solían recorrer la finca y los pueblos cercanos. Almorzaban todos los jueves en el Hotel Continental. A esos almuerzos, a veces, también concurría Chito Montenegro. Lucom colaboraba con su Frente contra la Corrupción, financiando algunas actividades. El norteamericano solía usar una gorra roja con la inscripción de la organización. No parecía el atuendo más indicado para alguien que se codeaba con la elite local. En esos almuerzos, el millonario jamás olvidaba pedir el 15% de descuento del que por ley gozan los jubilados. Se enojaba cuando no querían reconocerle el derecho, aunque era generoso en las propinas.

Lucom se transformó en un activo cabildero por la permanencia de Estados Unidos en suelo panameño. Apoyaba la creación del Centro Multilateral Antidro-gas, proyecto que finalmente no prosperó. Otra de sus iniciativas fue la apertura del portal de noticias Newsmax, donde dejó fluir su pensamiento conservador en textos raros hasta lo bizarro.

Luego del 11 de setiembre se animó a promover un plan para acabar con el terrorismo. "En lugar de ser tan políticamente correcto, George W. Bush debería aprender del coraje de Truman y lanzar la bomba atómica", escribió en octubre del 2001.

La oficina que ocupaba en su casa del Royal Palace de Punta Paitilla estaba adornada con la foto de dos líderes del continente. En una se lo veía a él mismo con Ronald Reagan. La otra era de Pinochet. También guardaba con orgullo dos cartas personales que había recibido tanto de Reagan como de George Bush padre, en agradecimiento por sus donaciones durante las campañas.

Aunque Lucom no tenía problemas en financiar políticos, solo se conoce de un aporte suyo en causas relacionadas con los niños pobres. A pedido de una de sus hijas políticas, que colabora en la Asociación Proniñez Panameña, accedió a comprar 50 dólares en tiquetes. Para una tómbola.

#### El Testamento

Poco a poco comenzó a vivir aquejado por su salud. Había logrado vencer un cáncer de vejiga hacía varios años, pero estaba debilitado. Tenía más de 80 y ante cualquier malestar pedía que lo llevaran a la Clínica Paitilla. Dejó de ir con asiduidad a Santa Mónica porque no había cerca ningún gran hospital.

La relación con los hijos de su mujer parecía distante. Lucom no permitía que su familia participara de la administración de sus bienes. Las cuentas que tenía en Panamá las manejaba junto a su chofer y su secretaria que también figuraban como titulares. Incluso tomó la extraña decisión de nombrar a su abogado en Estados Unidos, Richard Lehman, como su "albacea médico", la persona que debía decidir sobre su salud en caso de que él estuviese impedido. El círculo de colaboradores señala que Lucom no confiaba en su familia, la que solo conoció el testamento luego de su muerte. Su chofer dice que se cuidaba de no dejar copias en su casa. Edna Ramos, del Bufete Infante y Altamirano, representantes de los Arias, tiene otra perspectiva de la relación. "Ese grupo incubó en él la hostilidad hacia la familia", dice.

"Yo, Wilson C. Lucom, residente en la ciudad de Panamá, en completo uso de mis facultades físicas y mentales, hago de esta mi última voluntad y testamento", empieza el documento sobre el que la justicia debe decidir su validez. Lucom hizo el trámite el 20 de junio del 2005 ante el notario segundo del circuito de Panamá. Meses antes habría tomado la precaución de notariar una versión en inglés en Florida, firmada con sus iniciales, cómo solía hacer, en el ángulo inferior derecho de cada hoja.

Allí explica su visión. Crear una fundación que administre sus bienes en beneficio de los niños necesitados de Panamá. Debía llamarse "Wilson C. Lucom Trust Foundation". Hablaba de enviar recursos hacia escuelas que no tuvieran garantizado el almuerzo para los niños. El testamento también incluía 240 mil dólares para su esposa y 200 mil para Isabel Clark, hija de Virginia Willys. Anuales y de por vida. Donó un millón de dólares a la Clínica Mayo de Estados Unidos, donde lo salvaron del cáncer a su chofer, Israel Tejada, le dejaba 75 mil dólares. Pero exigía que se comprara una casa y un carro. A sus tres hijos políticos solo les dejó 50 mil dólares. "El testamento, sobre todo, dice a quién no le deja su fortuna", analiza un viejo amigo que pide no ser citado. Lehman incluso, asegura que la decisión de dejarle pequeñas sumas de dinero a los hijos de su esposa fue una estrategia de Lucom que, según él, in-tuía que habría una guerra. "El no quería que los hijos de

Hilda heredaran su dinero, decía que lo trataban muy mal. Por eso les dejó algo, para que no pudieran tumbar el testamento acusándolo de senil, que no se acordaba que tenía hijastros", dice Lehman.

La Finca Santa Mónica debía convertirse en el principal activo de la Fundación, junto a algunas cuentas bancarias en el exterior. Nombró a Richard Lehman como albacea y en segundo lugar a Chinchorro Carles. Pidió que no lo cremaran. "Quiero ser puesto en la tierra", sentenció. Hasta ahora, esta es la única de sus exigencias que se convirtió en realidad.

La noche de su muerte no estuvo exenta de incidentes. Como si una maldición alrededor de su fortuna no lo dejase ni morir en paz. Durante el mes de internación se había generado una guerra fría entre sus amigos norteamericanos y la familia de su esposa. Que se dirimía en las horas de visita. Cuando todo hacía presagiar lo peor, su albacea ejerció el poder que le había dado Lucom, y decidió cambiarlo al complejo John Hopkins de Punta Pacífica, nuevo y mejor equipado. Lehman dice que el propio Lucom se lo pidió. "Querían apurar el tema de la Fundación y necesitaban la firma de Lucom", lo contradice Edna Ramos.

A pesar de la negativa de su esposa Hilda, se intentó el traslado, pero la vida de Lucom se apagaba. Murió esa misma noche de un infarto.

#### La herencia

El pequeño toldo apenas cubría a las 8 personas que presenciaron su entierro. No todos los que habían estado en el templo Santa María la Auxiliadora de Vía Israel llegaron al cementerio Jardín de Paz. El aguacero que espantó a la mayoría y acompañó el entierro tan solo parecía presagiar la tormenta que aún estaba por de-satarse el 20 de junio del 2006, cuando se abrió el testamento.

En principio parecía que las cosas transcurrirían con calma. La familia se tomó un tiempo. Incluso Lehman les habría ofrecido 10 millones, en una estrategia similar a la que había usado junto a Lucom en la contienda contra los hijos de Virginia Willys. "De alguna forma están haciendo ahora lo que hicieron en el caso anterior contra Willys", dispara Ramos. Habla de Lucom casi como si estuviese vivo.

El bufete Infante, Pérez y Almillano se hizo cargo de la representación de Hilda Pizá, que decidió pelear. La señora Pizá tiene 82 años y sufre mal de Parkinson.

Con notable virulencia descargaron una batería de acusaciones que incluyen la de homicidio culposo, estafa, falsedad, asociación ilícita para delinquir y ejercicio ilegal de la profesión, contra Lehman y todo el círculo de colaboradores de Lucom, incluido el Notario que llevó su testamento. Judicializaron a todos aquellos que habían tenido algo que ver con la confección del documento. Algunas causas fueron desestimadas de inmediato por carecer de fundamentos, como la acusación de homicidio contra Lehman, por el incidente la noche del intento de traslado de Lucom en el Paitilla. El abogado estadounidense respondió con una demanda por 50 millones por calumnias y otra por abuso de proceso. Lo que Infante y Altamirano sí pudieron probar fue que el abogado que representó a Lucom durante los trámites de su testamento, Víctor Crosbie, en realidad no era abogado. Y que no se utilizó un intérprete certificado para traducirle el texto a un hombre que apenas balbuceaba el español.

La cuestionada fiscal Sterling recomendó el pasado 31 de octubre llamar a juicio a los imputados por asociación ilícita. "Es muy bueno que pase esto porque después voy a poder demandarles por todas las mentiras que están diciendo", se enoja Israel Tejada, chofer del difunto, señalado como parte de la banda delictiva. Lehman, que en un principio había sido declarado albacea de los bienes, hasta llegó a reunirse con asociaciones de beneficencia para hablar de proyectos de inversión.

Luego de las acusaciones en su contra fue destituido del cargo. Antes de eso se hizo de más de 600 mil dólares que había en cuentas de Lucom. La familia lo acusa de malversar ese dinero. Lehman dice que lo utiliza para hacer frente a los embates legales. Que es la única forma de financiar la lucha por la voluntad de Lucom. Incluso asegura que además de ese dinero, ya gastó otro tanto de su bolsillo. Que en pagos a terceros por el caso lleva ya 1.3 millones de dólares. "Hasta gastó dinero en publicidad con recursos de la herencia", denuncia Ramos.

En su lugar se nombró a Chinchorro Carles que, aunque asumió el cargo hace seis meses todavía no pudo disponer de los bienes. "Es tiempo de que el país sepa que un rico expresa en su testamento que parte de su fortuna se la deja a los pobres y ahora hay otra persona y abogados que tratan de privar a los niños pobres de Panamá", dice en su declaración jurada en junio pasado. Carles asegura que en ese testamento se pinta completamente la voluntad de Lucom.

Fuera de Panamá, la causa también está que arde. En Florida, en Nevis y en BVI, lugares donde Lucom tenía inversiones, Lehman acusó a los Arias de haberse quedado con tres millones en acciones al portador que Lucom tenía en su casa. Por eso las denunció como perdidas. La familia dice que le pertenecen. También demandó al diario Panamá América por 50 millones a raíz de un artículo en internet, en el que según él se lo acusa de ser un fugitivo y de ejercer la abogacía sin tener título habilitante. El vicepresidente del matutino es Gilberto Arias, hijo de Pizá. La contienda legal parece obsesionar a las dos partes. Como si el caso se hubiese convertido en una batalla personal entre Sam Lehman y el abogado que preside el Bufete Infante.... y que, vale aclarar, exigió no ser nombrado en este texto.

Wilson Charles Lucom le dedicó la vida a su fortuna y podría decirse, de alguna forma, también su muerte. Por qué eligió a los niños pobres de Panamá en lugar de legar más dinero a su familia es un secreto que solo los protagonistas de esta historia pueden revelar.